

AL VOLVER LA VISTA ATRÁS....

Cuando, hace cuarenta años, Manolo Ruibal realizó su primera exposición en la Galería Chys de Murcia, sintió, sin duda, la emoción inicial de quien ha alcanzado una meta; la de quien publica su primer libro, estrena su primer disco, tiene su primer hijo o planta su primer árbol. Al observar, cuarenta años después, las páginas de este libro-catálogo, estará pensando que ha hecho camino al andar y que ha valido la pena. Quería, desde la infancia, ser pintor, y para ello tuvo que sortear los obstáculos de quien lo tenía todo en contra. A favor, una voluntad inquebrantable de alcanzar el objetivo. Esta última le ganó la batalla a los primeros, a los obstáculos.

Nacer en Porráns (Barro, Pontevedra) transcurridos cuatro años del final de la guerra (in)civil, presagiaba para la mayoría de los españoles sudor y lágrimas; la sangre ya se había derramado a lo largo de tres años de lucha fratricida, la peor de todas. Eran los llamados años del hambre, de las cartillas de racionamiento, de la más pura supervivencia. Si a ello añadimos su muy humilde origen, se comprenderá que, desde la niñez, la más perentoria necesidad fue generando la forja de un rebelde, de un artista en potencia que se buscaba la vida allí donde la vida habitaba.

Porráns, pequeña localidad de Barro, a catorce kilómetros de Pontevedra y a siete de Caldas de Reis: cura, maestro, farmacia, médico, ferretería, bar, cine “ El Carballal”, romería de San Breixo, la verbena. Un cruce de caminos entre Caldas, Pontevedra y Moraña. Una madre coraje que tuvo que sacar adelante a Ruibal y a su hermano de siete años sin más instrumento que sus brazos, picando piedra como los hombres en la carretera, jornalera de sol a sol, sin un hombre a su lado. Eran los años del estraperlo: aceite, harina, patatas...pura supervivencia. Unos carabineros que la detienen. No hay dinero para pagar la multa y, embarazada, le caen cien días de cárcel en Pontevedra. En esa cárcel, hoy Audiencia Provincial, nacería Manolo Ruibal, el 16 de noviembre del 42.

Dura infancia en Porráns. En la escuela de don Dionisio inicia a los seis años la lectura, la escritura, los primeros dibujos, los recreos en el cruce, en aquel cruce en el que vivían los que él llamó siempre “los ricos de Porráns”, aquellos para quienes su madre trabajaba a jornal. Un mundo cerrado en una España cerrada, hambrienta y dura. Aquella primera infancia en el lugar de Monllo, al lado de ese regalo de la naturaleza que son los molinos de Barosa, en “A Maquieira”, le va forjando el carácter y le lleva a realizar sus primeros dibujos; actividad impropia de un niño pobre que, según alguna “rica de Porráns”, lo que tenía que hacer era trabajar, aprender un oficio y no perder el tiempo en pintar. A los trece años deja la mísera casa de Monllo y se traslada, junto con la abuela, la madre y el hermano, a Cangrallo. Una casa humilde, pequeña, pero nueva. Hay que aportar algo de dinero al hogar. Su madre, Preciosa, no podía con todo, y Ruibal probaría aquí y allá: aserrador con un jornal de doce pesetas en la Barroca, cantero porque pagaban mejor, picapedrero como su madre, talador de pinos en los montes del municipio y, el resto del tiempo, a dibujar.

Ver un día, en unos almanaques de laboratorios farmacéuticos, reproducciones en color de cuadros de pintores cuya existencia desconocía, le impactó: Corot, Manet, Van Gogh, Cézanne... aquello era una novedad esplendorosa.

Y llegó el día en que, con sus primeros ahorros, se va en bicicleta a Pontevedra y por fin compra sus primeras telas, óleos y caballete. Ya era como aquel militar retirado que en el verano pintaba los paisajes de Monllo, Barro, Barosa, Constenla, y de quien recibió su primer aprendizaje. Un aceptable pintor, según recuerda el artista.

A los diecisiete años, en el 61, Ruibal desaparece de Porráns. Se sube a un tren con trescientas pesetas y algunos dibujos, camino de Madrid, sin conocer a nadie, sin saber que un ilustre pontevedrés era el director del Museo del Prado: Sánchez Cantón. Pensión en la Glorieta de Bilbao, después en la calle Zorrilla. El dinero se acaba pero quedan el metro y los parques. Consigue trabajo en un taller de serigrafía. Doscientas pesetas a la semana.

La contemplación de los grandes maestros del Prado consume todo su tiempo libre; días y horas de un pintor autodidacta en estado puro, de un artista que entiende, y mucho, de música clásica, que ha leído a los grandes escritores, especialmente a los poetas, que ha ido acumulando una sólida formación humanística habiendo pasado solo por la escuela de Porrans y algunas clases en una academia en Pontevedra. En la capital entra en contacto con círculos artísticos informalistas y se siente atraído por el grupo El Paso. Olvida que existía el servicio militar obligatorio. Lo buscan y vuelve a Galicia a servir a la patria.

Poco después Ruibal, allá por el 66, con poco dinero y haciendo autoestop, camina hacia París. Se empapa de impresionismo, conoce a los fauvistas, visita museos y galerías de arte. En Montmartre vive la bohemia algún tiempo y sobrevive trabajando de descargador. Cuatro meses más tarde regresa a Madrid, pero el Ruibal de Madrid y París ya no es aquel chaval de Porrans que quería ser pintor. Ha conocido a los grandes de la historia de la pintura, los impresionantes museos, las grandes galerías.

En 1966 le envían a Benidorm a realizar trabajos de empapelador y de decoración. Allí conoce a un murciano y se traslada a Murcia. Se queda y realiza su primera exposición en la Galería Chys, en la que grises, azules y veladuras predominan bajo la leve influencia del fauvismo. Murcia será desde entonces una referencia querida en la vida de Ruibal.

Vuelve a Galicia. Exposiciones en Pontevedra y Santiago. Dificultades que se vencen, por ejemplo, vendiendo preciosos libros de arte que se habían adquirido con cariño y esfuerzo. Vuelve a París de nuevo, sin dinero. Desde allí se marcha a Berna y, como puede, con trabajos y caridad, de nuevo haciendo autoestop, recalca en Murcia, donde vuelve a exponer por segunda vez, ahora en la Casa de Cultura. Regresa a Porrans y gana un accésit en la Bienal de Pontevedra. Un premio de diez mil duros. Nunca había visto tanto dinero junto. Curiosamente jamás se presentaría a ningún concurso.

A comienzos de los 70 conoce a Lola Rey Durán, y dos años después se casan y se establecen en Pontevedra. Casa y estudio. La vida de Ruibal se estabiliza y de esta unión nacerán Idoya, Sandra y Preciosa. Lola fue y sigue

siendo esa compañera inseparable que aporta tranquilidad y racionalidad a un artista complejo y a veces imprevisible en sus decisiones artísticas, que le llevan una y otra vez a descubrir nuevas técnicas y temas.

Madrid, París... pero faltaba Roma, ciudad eterna. Allí se traslada a vivir al año de casarse. Conocía Ruibal la pintura italiana de los museos de España y Francia, sin embargo quería empaparse de la pintura *in situ*, especialmente de los antiguos, los prerrenacentistas. En Roma el pintor vive y trabaja sin descanso, haciendo cientos de dibujos y pinturas, parte de las cuales termina destruyendo. Su pintura sufre un nuevo cambio. Hay una ruptura con la figuración expresionista y el artista sintetiza su arte camino de la abstracción. El mar rompiendo con fuerza en La Lanzada o San Vicente se refleja en una pintura informalista, de una paleta en la que predomina el blanco, el azul, el negro, el gris. A finales de los 70 la exposición realizada en la Galería Rayuela de Madrid resume esta etapa de Ruibal.

A principios de los 80 el pintor se traslada a vivir a Mallorca y dos años después expone en la Galería Mir. Abandona momentáneamente el óleo por la témpera sobre papel. El esquematismo y la desmaterialización avanzan y se deja llevar por el mundo de la pintura de los techos, las cúpulas y los templos del Renacimiento y del Barroco. La mancha, lo incorpóreo, las nubes, los escorzos, sugieren un mundo pictórico más etéreo, volátil, inmaterial.

A mediados de los 80 Ruibal pasa largas temporadas en Nueva York, así como a finales de esta década. La verticalidad de la ciudad de los rascacielos le atrae. La ingravidez, la levedad, lo esquemático, la inestabilidad, los altos edificios neoyorquinos, las chimeneas de Queens, las torres gemelas de Manhattan, serán fuente de inspiración durante algún tiempo. En cuadros como *Las gemelas en Manhattan* o *La grafía en el volumen* se puede percibir el trazo serpenteante, esquemático, que asciende electrizante sobre el negro como un haz de relámpagos efímeros. Retoma, además, una iconografía ya experimentada tiempo atrás, la de las siluetas femeninas alargadas, frágiles, que parecen caminar con la carga de los errores y horrores de la humanidad a sus espaldas. Los trazos son compactos, sueltos; el rojo, el azul y el negro

predominan. La naturaleza, árboles y animales, siempre tuvo un hueco importante en la pintura ruibalesca.

Desde su infancia había contemplado bastantes incendios. ¡Qué gallego no ha vivido incendios! En su retina, las llamas, los rojos rescoldos de árboles todavía humeantes, el negro esqueleto de esos mismos árboles que aguantan en pie, cenicientos, como negándose a morir. Ese negro calcinado de troncos y ramas sobre fondo rojo le permite realizar unos cuadros impactantes, cuadros que se prolongan en los marcos que el propio pintor diseña y pinta. El lienzo no se detiene en el marco, continúa en el marco. Son cuadros abiertos al espacio circundante.

Ruibal rematará la década de los 80 estableciéndose otra vez en Nueva York. Fue ésta una etapa con numerosas exposiciones individuales: Santiago, Caracas, Palma de Mallorca, Vigo, A Coruña, Pontevedra, Lisboa, Oporto; y colectivas en algunas de estas ciudades y en otras como Madrid, Nantes, Buenos Aires, Asunción, Brasilia, Santander.

En la década de los 90 la influencia neoyorquina sigue marcando a Ruibal. Retoma la abstracción, el posformalismo. La levedad, la verticalidad y la ingravidez están presentes en los lienzos una y otra vez. Construye un estilo descarnado, inmaterial, esquemático. Tiende hacia un monocromatismo cálido, sobrio y minimalista que se refleja en sus exposiciones de las galerías Emilio Leonard y la Ergane Gallery de Nueva York en los años 90 y 91.

El inicio del siglo XXI supone uno de los cambios más radicales en la trayectoria artística de Ruibal. Lo escultórico acapara de manera absoluta cuatro largos años de febril actividad. No es que el artista hubiese ignorado la escultura como medio de expresión, pero en su largo camino creativo no tenía el relieve de su pintura, de sus dibujos. Los bocetos de las futuras piezas son esos cantos rodados que Ruibal recoge en los lechos de los ríos, en las torrenteras, en las playas, y que va pintando como huevos que luego eclosionarán convirtiéndose en grandes piezas.

En las proximidades de Caldas de Reis, Ruibal instala una nave-estudio a la que trasladará enormes piedras extraídas de las canteras, en los

desmontes de las obras de la autopista. Piedras que, con grandes grúas y camiones enormes, serán trasladadas a dicha nave-estudio. Estos años transcurren viviendo en Pontevedra y trasladándose diariamente a Caldas. Dos operarios, con la maquinaria adecuada y bajo la dirección del artista, van adelgazando las megalíticas piezas para adquirir las formas ensayadas anteriormente en los bocetos de los cantos rodados. El intenso trabajo avanza lento pero firme, y los modernos menhires, como los históricos de Gargantáns (Moraña), van adquiriendo verticalidad. Surgen como un homenaje al arte prehistórico y mágico de la época megalítica. Modeladas las piezas, el escultor vuelve a ser pintor, recubre el granito de grises, verdes, amarillos y granates. Los modernos menhires, de miles de toneladas cada uno, son trasladados al campus norte de Santiago y allí, cual nuevos cipreses de Silos, “enhiestos surtidores de sombra y sueño”, son plantados sobre el verde césped, al lado del Auditorio de Galicia. Ocho piezas que inauguran el Año Santo compostelano de 2004. Esta ha sido una de las exposiciones más exitosas en la vida del pintor. Las ocho piezas del “Campo de Estrellas” fueron visitadas y admiradas por miles de personas a lo largo del Año Santo compostelano. Los peregrinos de diversas nacionalidades que llegaban a Santiago se convirtieron en los mejores embajadores de tan magna exposición. Es de lamentar que esas magníficas esculturas, como los milenarios menhires de Gargantáns, no se hubiesen quedado para siempre en el campus norte cual cipreses de piedra, aun reconociendo el esfuerzo y acertado montaje realizado por la Xunta de Galicia. Lamentablemente los menhires de Ruibal están hoy dispersos en colecciones particulares por Madrid, Murcia, Oporto, Pontevedra...

A partir de 2004 vuelve Ruibal a la pintura, a trabajar en su estudio pontevedrés elaborando cuadros, a menudo de gran formato, en los que la línea, el gesto, la difícil sencillez, la condensación estética en grandes trazos que parecen desplazarse sobre el lienzo con la etérea libertad de un pájaro, ocupan casi todo su tiempo, un tiempo en el que quedan huecos para programar una exposición antológica itinerante que recorrerá algunas capitales.

Al volver la vista atrás, Ruibal contempla en este catálogo cuarenta años de ilusiones, de proyectos materializados, de objetivos que se quedaron en el

camino, de inquietudes constantes, de batallas estéticas y de dolorosas rupturas con etapas anteriores.

El catálogo contiene una mínima parte, pero muy representativa, del itinerario artístico de un pintor, por encima de todo, inconformista.

Francisco J. Moldes Fontán